



"Los días del Arco Iris" por Silvia Pinto,
(Pacífico, 1972)

Hay entre las virtudes literarias, tan numerosas como los colores del iris, una que siempre nos ha parecido fundamental: su ausencia apaña frecuentemente las demás, por ilustres que sean las prive de su aguijón y las anula, reduciéndolas a un objeto de retórica, mientras, en cambio, su sola presencia llena los vacíos, disimula los defectos, los anima y casi los hace amar.

En el don misterioso de la vida, cierta palpación profunda, un secreto de simpatía espontánea, que, como el espíritu, supla donde quiere. Se nace con ella. Ningún maestro la enseña a sus discípulos, y, desgraciadamente, abundan los que la pueden extinguir complicándola y retorciéndola con su retórica únicamente algunos privilegiados saben despertarla o transmitirla.

En la literatura chilena se citan dos ejemplos clásicos.

Uno de Pérez Rosales, autor de "Recuerdos del Pasado", y el otro don José Victorino Lastarria que escribió "Recuerdos Literarios". Ambos hablan de sí mismos, tomando como eje de sus narraciones el "abominable yo". ¿Cómo logra el primero volverlo tan amable y lo disuelve en la atmósfera y el otro seco y endurece con una especie de hostilidad? Era Lastarria, sin duda, más leído y culto que Pérez Rosales, aunque no deja este de serlo a su manera, los dos pintan épocas trascendentes de nuestra historia y la esclarecen mediante el relato de hechos en que intervinieron o que les tocó presenciar. No obstante la obra del uno, variada y rica de humanidad vibrante y sonriente, sigue leyéndose y reditiándose hasta hoy y la de don Victorino sólo es consultada por los estudiosos no con placer.

Tras la innegable superficie, creemos que actúa un fenómeno psicológico que expresaren labios divinos en aquella sentencia: el que se humilla será ensalzado y el que se ensalza será humillado.

En la humildad la sencillez la naturalidad que Pérez Rosales recibió en la sangre y que, así, desconoció el orgulloso Lastarria, siempre herido y quejándose, echándose la culpa a los demás, como si lo persiguieran. Continuamente hallamos en los nuevos autores, de alto a bajo de la escala, representantes de ambas razas.

Aquí tenemos un buen ejemplar perteneciente a la escuela que no pretende otra cosa sino hacer periodismo. Cautelosa y directa, sagaz y observadora, Silvia Pinto, procede armada de sencillez y autenticidad. Un rasgo inmediato se impone en su manera de escribir: la falta de énfasis. Tiene delante una tarea profesional y la realiza honradamente no con el propósito de lucir, sino para informar. En su compañía uno marcha por terreno sólido. Silvia Pinto hace ver lo que mira y no oculta lo que siente, pero ningún fin

Crónica Literaria

20 4417 Por ALONE

lateral, insinuado u oblicuo, la desvia, ninguna intención disimulada la falsea: es ingenua y veraz hasta en la malicia.

De este modo, van dibujándose sus retratos como si se formaran solos. Dejan al lector el trabajo de hacerlos hablar: ella proporciona los elementos que la realidad le ha entregado y así aparecen la persona o el personaje, en cuerpo y alma.

Las introducciones a sus reportajes frescos, atrevidos, agudos, suelen resultar miniaturas admirables. Son croquis donde no falta nada, unos con su ligero toque humorístico, otros impregnados de respetuoso fervor, siempre al azar de las circunstancias, hijos de ella y del mundo exterior, como la obra de arte brota, creando un nuevo ser, que no es pura materia ni pura forma, sino el producto de ambos, inseparable.

Después vienen las preguntas. Aquí interviene la destreza periodística, que tiene su método y su técnica. También sus audacias sorpresivas. ¿Puede todo eso aprenderse en la cátedra? No importa: nadie aprende sino lo que ya sabía.

Pero contra la agresiva interrogatoria están las contestaciones libres lo cual expulsa las condiciones del duelo y aporta otros recursos al retrato, completando las pinceladas iniciales con las del interesado, objeto y sujeto, víctima y verdugo, presa y cazador.

De este modo, en buenas manos, el diálogo se torna apasionante y hasta dramático. Celebremos que Silvia Pinto haya reunido sus entrevistas en un haz, bajo la advocación del Arco Iris.

Lo intercalan.

La actualidad pasajera queda aquí clavada en su arco justo de donde las flechas parten.

La primera se clava "a todo ver, todo honor", en el pecho de S.E. "Atollado el torax, las piernas cortas, el rostro sanguíneo siempre parece dispuesto a la pelea". Hablando, hablando, suelta declaraciones extraordinarias. Confiesa que trata duramente a los periodistas porque ellos forman la opinión y hallaría indecoroso halagarlos. El que oyó sus palabras a los "compañeros" de La Hermita, sus electores, sus amos esos ruegos esas reverencias, esa capacidad de tolerar las interrupciones ahí se la boca estupefacta y comprende que nadie se conoce a sí mismo. Igual cuando sostiene que no anda buscando simpatías y que sólo la indiferencia lo incomoda. Sin un gesto, Silvia Pinto oye y anota.

Es un pequeño bocón.

Las páginas del libro los acumulan en ramos y racimos, coloreados, parlantes, de todos los matices.

Desfilan los jóvenes, los violentos, los graves, los trágicos, los revolucionarios, de varia orientación, los periodistas libres y los otros, estallan los escándalos y se abren los llenos de promesa y esperanzas en un porvenir mejor.

Toda la actualidad reciente vibra al compás de los hechos recién cogidos humados aún de sangre y precisiones para el futuro buscador de testimonios contemporáneos.

Ella no filosofa, hace filosofar.

La gran movilización de los desconformados cerebrales, que Encina anunció y Allende ha desencadenado, fanática, frenética, dispuesta a arrasar al país como tierra conquistada, hasta llegar a cero, ha tenido el natural efecto de crear al frente una línea de conciencia pública y de suscitar valores nuevos, capaces de resistir en orden e impaner la libertad, empezando por la primera de todas: la de la palabra.

En ella la mujer ha asumido un puesto de avanzada y, cacerola en mano, tomando un papel protagonista que no sospecharon los antiguos batalladores del sufragio femenino, medio siglo atrás.

Silvia Pinto, sobresale en esa línea con un perfil inconfundible, que, de palabra, la ha llevado a la acción y de la tarea periodística al libro permanentemente organizado y valioso.

Es un placer y un honor saludarla y reconocer su categoría.

El Mercurio, Santiago
4.11.1973 p.3.

Los días del Arco Iris [artículo] Alone.

Libros y documentos

AUTORÍA

Alone, 1891-1984

FECHA DE PUBLICACIÓN

1973

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Los días del Arco Iris [artículo] Alone.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile